

¿TIENE ALGO QUE DECIR LA CUMBRE SOCIAL EN VENEZUELA?

EL PROBLEMA EN CUESTION QUEDO PARA MEJORES TIEMPOS

La primera reacción que se puede tener frente a lo que fue la Cumbre Mundial sobre Desarrollo Social es la de calificarla maniqueamente como éxito o como fracaso. De hecho, ésa fue la tentación permanente de los medios de comunicación social internacionales, de la cual no escaparon nuestros medios, que se apuraron en señalar que la Cumbre fue un fracaso.

Propiamente, una Cumbre Mundial difícilmente puede evaluarse como buena o mala, sin más, y mucho menos esta Cumbre que pretendía discutir nada más y nada menos que sobre el Desarrollo Social, es decir, sobre todo —que es lo mismo que sobre nada,— dada la multicausalidad del desarrollo social de los pueblos. No se pueden esperar resultados concretos de una reunión internacional de Presidentes, Jefes de Estado y de Gobierno, con sus problemas de forma y fondo. Las resoluciones de estas reuniones deben ser lo suficientemente generales como para que pueda entrar la heterogeneidad existente en el planeta. Por ello, si alguien esperaba traducciones directas para los problemas sociales de nuestro país, entonces la reunión en Copenhague fue un fracaso; pero eso sí, lo fue mucho antes de comenzar la reunión.

Si tenemos en cuenta que una reunión de este tipo puede tan sólo llegar a formular compromisos generales y orientadores para la elaboración de planes nacionales, podemos pasar a discutir sobre la pregunta originante que aquí nos hemos hecho.

La idea original de la Cumbre era, probablemente, demasiado comprometedor para estos tiempos. Lo que pretendía la Cumbre Mundial sobre Desarrollo Social partió, a nuestro juicio, de un diagnóstico acertado y progresista: las bases de acción de las Organización de las Naciones Unidas para mantener la paz mundial, tras la herencia de la segunda guerra mundial, progresivamente han ido cambiando, dado que la confrontación principal que aqueja a la humanidad tiene que ver más con los problemas sociales cotidianos que con la amenaza de un cataclismo producto de una nueva guerra mundial. Así lo afirma el Informe sobre Desarrollo Humano de 1994, del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, al referirse al Programa de la Cumbre Social: «Hace ya demasiado tiempo que el concepto de seguridad viene siendo conformado por las posibilidades de conflicto entre los Estados. Durante un tiempo demasiado largo, los países han tratado de armarse a fin de proteger su seguridad. Actualmente, para la mayoría de las personas, el sentimiento de inseguridad se debe más a preocupaciones acerca de la vida cotidiana que al temor de un cataclismo en el mundo. La seguridad en el empleo, la seguridad del ingreso, la seguridad en la salud, la seguridad del medio ambiente, la seguridad respecto al delito: son estas las preocupaciones que están surgiendo en todo el mundo...»

En otras palabras, los nuevos tiempos indican que la paz es, hoy más que nunca, el resultado de la justicia, basada en la legítima aspiración de los pueblos a alcanzar el Desarrollo Social, antes que el celoso resguardo del equilibrio armamentista o el celoso cuidado de las áreas de influencia de las hasta hace poco grandes potencias.

La Cumbre sobre Desarrollo Social pretendía darle un cambio sustancial al eje de las preocupaciones de la comunidad internacional representada en la ONU, pasar del concepto de seguridad

militar al de seguridad social, y para ello se proponía un conjunto de medidas que suponían cambiar a la propia Organización de Naciones Unidas. Estas buscarían la conformación de un Consejo de Seguridad Económica, que progresivamente tendría la importancia que hoy tiene el Consejo de Seguridad, así como la concertación entre todos los países con el fin de reducir sus gastos en armamentos en 3% anualmente hasta el año 2005 para invertirlos en políticas sociales.

Estas propuestas —y algunas otras, como el pacto de desarrollo humano 20:20 o la creación de un Fondo Mundial de Seguridad Humana—, fueron abortadas en las reuniones preparatorias; en el temario de la reunión en Copenhague solamente quedaron los lineamientos generales sobre los temas más acuciantes del desarrollo social, es decir, el combate a la pobreza, la generación de empleo y el problema de la integración social.

Analizar las razones por las cuales la Cumbre no logró convertirse en un punto de inflexión en las preocupaciones de la comunidad internacional, podría llevarnos bastante lejos; bastaría con decir que probablemente los países más influyentes en la organización se opusieron a cambiar un esquema de postguerra, que aún les favorece, aunque cada vez se ajuste menos a los requerimientos de los nuevos tiempos.

LOS MENSAJES OCULTOS DE LA CUMBRE

Probablemente el mensaje más claro de la Cumbre para todos los países del mundo fue aquello que no se dijo. En otras palabras, todos concuerdan en que los problemas sociales no son exclusividad de los países en desarrollo. El Occidente desarrollado, incluido el sureste asiático y sus dragones, conoce de los peligros que para su propia seguridad interna tiene el mantener a importantes segmentos de población excluidos de la riqueza. Para los menos desarrollados, la imposibilidad de homogeneizar y globalizar el estilo de vida del desarrollo

Luis Pedro España N.

conspira contra la gobernabilidad de sus pueblos. Ninguno de los países presentes podría mostrar su propia realidad como ejemplo cierto de desarrollo social. Así, pues, la Cumbre evidenció, una vez más, la presencia de la riqueza junto a la pobreza, sin que se tengan alternativas ciertas sobre cómo superar ésta última y sin que ello suponga cuestionar el origen de la primera.

Manteniéndose en un discurso voluntarista o de denuncia (según se vea a la Cumbre Social desde las delegaciones oficiales o desde el Foro de las ONG, respectivamente), los compromisos, a los que se llegó, poco o nada indagaron sobre la redistribución de recursos que se requiere dentro de las propias naciones y en la relaciones internacionales para poder hacerlos realidad. La discusión sobre la dinámica económica requerida para cristalizar los compromisos no se abordó, a no ser en aspectos puntuales, como deuda externa o los problemas sociales derivados de las políticas de ajuste económico. Asuntos tan espinosos como la vigencia o no de las instituciones y el orden económico internacional representadas en el acuerdo de Bretton-Woods no fueron discutidos.

La Cumbre debió conformarse con las buenas intenciones de sus compromisos y del carácter voluntario del plan de acción. Puede que no haya podido ser de otro modo, pero estas ausencias sin duda quedan latentes para la comunidad internacional, y la reunión de Copenhague será una referencia para avanzar hacia futuro.

LA CUMBRE Y VENEZUELA

Como ya hemos dicho, en términos utilitarios la Cumbre Mundial sobre Desarrollo Social tendría poco que contribuir en la orientación del tipo de desarrollo social que queremos y aspiramos como nación. Si se observan los compromisos a los que se llegó en la Cumbre, estas exhortaciones forman parte de las aspiraciones de los distintos sectores de la vida nacional. Desde un punto de vista general, ningún sector en la Venezuela de



hoy podría oponerse a la lucha contra la pobreza, al enfrentamiento de la discriminación, a la generación de empleos productivos, o al progreso económico, social y humano. Nuestro problema, como el de muchas otras naciones, tiene que ver con el cómo lograr esos deseos, y es aquí donde la Cumbre debe tener una traducción para Venezuela hecha por nosotros mismos.

Resulta evidente que la forma de cristalizar esos compromisos en Venezuela tiene que ver más con el aterrizaje nacional de ellos en aspectos concretos que con la pretensión de ahondar en su reafirmación o consenso.

No pretendemos hacer aquí una agenda social para Venezuela derivada de los compromisos asumidos en la Cumbre; simplemente de lo que se trata es de apuntalar algunos lineamientos, ya dichos por lo demás, necesarios para poder aproximarnos al desarrollo social.

En primer lugar, es absolutamente cierto que el crecimiento económico es necesario, pero no suficiente, para lograr el desarrollo social. No obstante, sin lograr las condiciones para el crecimiento económico, no hay recursos con los cuales financiar el desarrollo social. Desconocer esto es similar a la omisión que hizo la Cumbre sobre el problema económico y la imposibilidad, por tanto, de llegar a proposiciones menos generales y más viables.

En segundo lugar, parece ser cierto también que el papel del Estado en la conjugación de estos compromisos es crucial para lograr las redistribuciones de recursos necesarias para que el desarro-

llo social sea accesible a las mayorías. En esta dirección, la despolitización de las agencias sociales del Estado y su profesionalización siguen siendo un requerimiento indispensable.

En tercer lugar, hace falta que en materia de desarrollo social se formulen metas cuantificables, que se traduzcan en compromisos por parte del Estado y la Sociedad Civil, con el fin de hacerlas concretas. Cada agencia pública o privada, desde su área de intervención, debería participar dentro de un acuerdo que suponga lograr ciertas metas de logro social en materia educativa, de salud, nutrición y empleo, y diseñar estrategias y aportar recursos que permitan que esas metas sean viables.

La Cumbre sobre Desarrollo Social no consiguió comprometer a los distintos países en el logro de metas tangibles en las distintas áreas o sectores que componen la situación social; pero ése no tiene por qué ser el caso dentro de cada realidad nacional. Las razones por las cuales la reunión convocada por Naciones Unidas no pudo llegar a este nivel de concreción pueden ser explicables, pero el hecho de que nosotros en Venezuela no traduzcamos esos compromisos en logros sociales tangibles no tendrá explicación posible. En definitiva, si algún mensaje tiene la Cumbre sobre Desarrollo Social para Venezuela, será aquél que el propio país le asigne. ■

Luis Pedro España es sociólogo y participó como miembro de la delegación de Venezuela en la Cumbre Social de Copenhague.